

III

DEL SISTEMA Y SU NO-LUGAR
EN LA VOLUNTAD DIVINA

«Yo desconfío de todos los sistemáticos y me aparto de su camino. La voluntad de sistema es una falta de honestidad».
(F. NIETSCHE: *Crepúsculo de los ídolos*, Aforismo, 26).

No hay texto, sólo interpretación. A lo sumo, interpretación de interpretaciones contextualizadas. Nada más. Y subrayo el *más* que supera, en esta ocasión con creces, a la *nada*.

Apariencia de correspondencia. Estimaciones de sujetos —Yo--generalizado— sobre sujetos-otros —Tú--generalizante— *localizados* en un campo hiperreal. La relación es ciertamente adecuación, pero entre lo nombrado y la acción misma de nominar, entre lo aprehendido y la acción misma de apropiación gnoseológica, entre lo vivido y la acción misma de aceptar el proceso fragmentario del existir —concatenación ininterrumpida de actos programables—. No hay más que la ilusión de tener-por-verdadero algo para que *el resto* no lo sea. Apariencia de correspondencia, apariencia de adecuación, apariencia de equilibrio. La apariencia es fuente de proyección y también es causa de acción. Y hasta la muerte llega siempre a tiempo en justa medida y oportuno complemento a esa encantadora «manía» fundante: la tentación de vivir.

Pero a mí me importa más *el resto*, ese rechazo total, esa negación absoluta, esa carencia inquietante. A mí me importa la nada porque no entendería mi creación surgiendo de otra cosa, porque no entendería mi quehacer estrepitosamente perturbador en un contexto-otro. Ciertamente yo soy quien da sentido a lo real. Yo creo el sentido mismo de la realidad al tiempo que mantengo la vigencia del simbolismo de mi entorno, mientras no me agobie o aburra el juego, mientras sepa aceptar que no soy más allá de esa radiografía *corregida* —vocación de correctores, tentación profética, en definitiva, de seductores— que de mí re-elabora constantemente la expectación circundante. Si algún día esos inquietos espectadores marcharan, no sólo mi representación, sino que a su vez mi teatro se hundirían en el más desgarrador *olvido del ser*¹.

La lógica del conocer sería entonces el anti-sistema. Y la convención se negaría a sí misma al admitir la paradoja y concebir el más alternativo de cualquier sistema —en este caso, provocadoramente abierto—: el pensamiento fragmentario.

Yo *soy* fragmento, yo *hago* fragmentos, yo *consumo* fragmentos.

¹ Soy consciente de que mi discurso es en esta ocasión deudor, aunque no les cite expresamente, del pensamiento de: A. Artaud, G. Bataille, J. Baudrillard, C. Castaneda, E.M. Cioran, G. Deleuze, M. Foucault, S. Freud, J. Habermas, M. Heidegger, D. Hume, E. Kant, J. Lacan, F. Nietzsche, B. Russell, L. Wittgenstein, y muchos otros entre los que, sin duda, se encuentra algún que otro lector. Espero que éstos sepan reconocerlos —o reconocerse— evitándome así la ingrata tarea del «aparato crítico».

Y los fragmentos me *hacen ser consumiéndome* en ellos. Sólo un hombre en contradicción constante consigo mismo es reflejo fiel —y útil, operativamente hablando— de su propia e intransferible creación envolvente. Los demiurgos —y cualquier otro tipo de mensajeros— cuando llegan ya no son necesarios. Sólo los dioses seleccionan la penuria y la hacen tiempo. Y yo lucho por no sentirme alguna vez demiurgo.

La «reconciliación» será entonces *pro-yecto* —violación de un espacio y de un tiempo sagrados—: porque me sabré así *en camino*. Esta perentoriedad, esta conectiva vital es la garantía más preciada y la evidencia más sublime de que un hombre ha emergido del caos. Después es posible que ese mismo hombre se crea dios, aunque su reino no termine de instaurarse, ni parezca importarle mucho —nunca tendría prisa— que ese momento llegue.

La estructura de la naturaleza no sería otra que la estructura del conocer: *logos* deviene *cosmos* para convertirse en *ethos*. La planicie del interés diluyéndose se convertiría sin confundirse en substrato de múltiples y superpuestas planicies que el conocimiento nombre.

Llamo interés a la *posición* que en cada momento tome esa capa escondida del ser-puesto-en-juego-, amenazado y en constante peligro, estrato que se deja penetrar sin que su integridad desaparezca, que desea la irrupción —la violencia del amor gastado— en la oscuridad oceánica que oculta. En el umbral de lo *indecible* se sitúa la posibilidad más deseada. Es más, el deseo se hace militancia y el universo deja de tener esas dimensiones que excluyan las genuinamente humanas.

No hay texto, nunca *escribiremos* un proyecto, nunca *pensaremos* un lenguaje, ni *formularemos* una proposición, nunca, en definitiva, viviremos de una vez por todas. Sólo queda la interpretación hecha carne. Y cuando sea la hora del ocio jugaremos a *contextuar* interpretaciones inacabadas por si *descubrimos* que el vacío efectivamente no termina de situarse.

Mi mundo es, pues, la más bella expresión de un proyecto inacabado e inacabable. La teoría que pretenda conocerlo para *ordenar* el comportamiento del hombre que lo habita, se escapa por ello a los esquemas de *explicación científica* vigentes. A partir de ahora también lo irracional importa: presencia de un «deber ser» totalmente otro que supondrá la inversión axiológica más radical.

E itinerantes —caminantes sin camino— nos deslizamos por ese viejo mundo dejando en él huellas imborrables. El reencuentro de esas huellas supondrá el reconocimiento extemporáneo de un compromiso que no conociera fronteras, ni deseara fijarlas. Como la fusión de aquellos que dicen amarse.

Es más fuerte el *interés* —la praxis— y menos estable el *conocimiento* —la teoría— que lo delimite, no tan intensa la razón que lo explique. Las palabras una vez más no se adecúan a las cosas: nuestra crisis de identidad es crisis de acoplamiento y es también crisis de medios, porque a nuestro alcance ya no quedan planos —de referencia y de consistencia— en donde el ensamblaje pueda darse.

Por eso reivindicamos nuestro, en otro tiempo activo, «instinto de verdad» último eslabón de una racionalidad que aún puede salvar la convivencia. Aunque la moralidad que a ese ciudadano pidamos no sea otra que la exigencia de consenso, que «siga mintiendo según una convención establecida», que no se avergüence de utilizar las palabras —monedas corrientes, metáforas comunes— que todo el mundo usa y cualquiera entiende.

El determinismo cultural ha de ser antes *necesidad* que *posibilidad*: «fe en los juicios sintéticos *a priori*», ineludible condición —por más que sólo sea coyuntural y nunca trascendental— subjetiva de toda interpretación válida que de la realidad ofrezcamos.

Nos sabemos a la sombra de la referencia perdida —aún contemplamos el espacio por donde el misterio huyera—. Y es por eso posible ir en busca de la meta perdida, al encuentro del origen perdido, de la fuente no agotada y de la palabra no pronunciada. Buscamos, en fin, ese olvidado primitivo mundo de metáforas.

Voy al encuentro del secreto, a la búsqueda del secreto que me proporcione una forma originaria de relacionarme con el mundo, una *mirada* sin filtros. Deseo recuperar la imparcialidad contemplativa.

Y somos *realistas* precisamente porque pedimos lo *imposible*. Lo que llamamos realidad —un tiempo «haz de percepciones percibidas»— no son más que *pinturas*, «descripciones del mundo». Y porque no es de otra manera el nuestro es necesario *creer* en esa idea del mundo y de la realidad personal que tales imágenes fundan.

Todo esto —variaciones poéticas de un tema académico— puede ser tomado por los presupuestos de una «teoría no-convencional del conocimiento». Al menos ésta ha sido mi lectura de Nietzsche, esta vez a través de J. Habermas². Es pensable —digámoslo, pues— un sistema que viole la estructura de todo sistema, un sistema-margen —sistema abierto, en definitiva— que no se incluya a sí mismo, pero que lo recomponga todo —entropía—. Un sistema, en fin, sistemáticamente asistemático.

La reductividad al código es el rechazo más brutal del texto. Los códigos están ahí mientras puedan ser utilizados. Y el uso que precisan es cómplice, dual: el proceso de codificación no termina sin que antes alguien —en última instancia, y si fuera preciso, el sujeto emisor mismo— decodifique lo codificado.

El intercambio simbólico de la muerte viene a ser aquí el paradigma perdido, que me pierdo y en el que me pierdo. Estoy perdido —vago errante— en este confuso mercado del deseo. Aquí sólo quedan señales que mi extravío selecciona, señales más o menos agrupadas, red de formas simbólicas que garanticen la «reproducción».

Y yo lucho desesperadamente por encontrar ese lenguaje nuevo,

² HABERMAS, J.: *La crítica nihilista del conocimiento en Nietzsche*; Cuadernos Teorema, Valencia, 1977.

que sustituya mejorándolo —nos entristece perderlo *todo*— al actual. Creeré saberme, al menos momentánea, provisionalmente a salvo.

¿Hay que concluir? De repente aparece la angustia: prisa para cerrar, ansiedad y nerviosismo para *superar* una etapa prolongadamente penosa, como todo quehacer humano. Concluir, en definitiva, por el simple placer de la clausura, de la catalogación y de hacer historia de cada experiencia medianamente vivida. Después del cierre habrá que apresurarse a una nueva —diferente— apertura que desde entonces dejará de ser *posibilidad* a secas. Reinstauración, en último término —al *final* del proceso—, de un *orden* eterna y reiteradamente *nuevo*.